

Por Rubén Bonifaz Nuño

De modo, a mi ver, cabalmente justificado, los mexicanos somos educados en la solidaridad con el ser de nuestros indios antiguos; se nos ha educado y se nos educa en la justa convicción de que en aquellos indios, debemos encontrar el ejemplo en el cual sustentar nuestros valores en tanto que seres humanos actuales; se nos educa, pues; se nos ha educado como indios.

De esta manera, crecemos en el conocimiento de que los españoles vinieron a ~~conquistarnos~~ ^{invadirnos; sangrientamente} se nos enseña que debemos reprobar al último Moctezuma por su débil conducta frente a Cortés; -- que Cortés merece nuestra completa ^{condenación} ~~aversión~~ por la cobarde y -- falaz condición que mostró hacia Cuauhtémoc, nuestro rey, con -- respecto al cual, por torpe avaricia, traicionó su palabra; porque más tarde, para vergüenza propia suya, ^{con su codicia} lo llevó al tormento y a la muerte.

Aquí Cuauhtémoc, en cambio, así ^{educó} se nos enseña con verdad simboliza la lucha de nuestro pueblo por su libertad; él se nos presenta -- como ejemplo de lo que debemos ser, hoy y en el futuro; en él depositamos la mayor gloria de nuestra ascendencia; es el héroe mayor de México; es la imagen de la defensa de nuestra dignidad, de la resistencia mexicana frente a la agresión extranjera, siempre injusta, que hemos padecido a lo largo de la historia.

En ese sentido es que afirmo que somos educados como indios. Y añado que considero que dicho modo de educación nuestra, es -- del todo correcta y conveniente, dado que se enraiza en valores -- que estrictamente nos pertenecen.

En efecto, lo único que como pueblo, como entidad cultural, los mexicanos podemos llamar con certidumbre nuestro, exclusivamente perteneciente a nosotros, es el mundo indígena prehispánico; el mundo de cultura creado por nuestros antepasados indígenas; ese mundo de cultura existente en sí como creación humana con carácter y valores que enaltecen. *cliv*

Sabemos que los indios --como en su ignorancia nos llamaron los extranjeros-- eran arquitectos insignes, grandes ingenieros y urbanistas; sabios matemáticos y astrónomos, artistas supremos, hombres poseedores de lenguajes capaces de expresar, junto a lo cotidiano, conceptos de máxima abstracción, y hay evidencia de que estaban integrados en una sabia organización social.

Eran, así, hombres de sabiduría, poderosos intelectual y moralmente, conocedores de sí mismos y del universo en que vivían.

Ese mundo, patente todavía en los vestigios suyos que se conservan, es cabalmente nuestro; es, en realidad, lo nuestro. Lo demás que tenemos, el idioma, para comenzar, lo compartimos con otras muchas gentes; compartimos todo lo que, venido del exterior, hemos tenido que admitir; ^{eso que} se nos ha impuesto ^y ^{que debemos conquistar.}

Anora bien: por razones históricas originadas en el hecho de que fuimos ^{invadidos} ~~conquistados~~ y colonizados, han sido desde el principio los extranjeros quienes se han arrogado la facultad de definir ese mundo nuestro radical, y siempre lo han hecho desde la perspectiva que les dan sus conveniencias materiales, o de la incompreensión a que los obligan los rasgos de su propia cultura.

Fueron primero los españoles, soldados y frailes, quienes lo hicieron, identificándolo con el mal; como hombres, nos dijeron débiles, mentirosos y cobardes; llamaron diablos a los objetos de

nuestra veneración. Ahora lo definen los eruditos norteamericanos, alemanes, franceses, juzgándolo sangriento ^{neocrático} y primitivo. Durante siglos, esos juicios parciales y abusivos, despectivos en el fondo, servidores de opresivos poderes económicos y políticos, han pesado sobre nosotros como una verdad humillante que se nos obliga a soportar.

De esta suerte, el mundo prehispánico, calificado con tal desprecio, se nos aparece, supuesto que es fuente de la opresión que sufrimos, como algo no deseable; colonizándonos, se nos ha hecho sentir que la condición de indios es signo de inferioridad, de pobreza, incluso de vergüenza. Y eso también se nos enseña; se nos educa en esa falsa creencia.

~~Invadidos~~ ^{Invadidos} ~~conquistados~~ antes, colonizados todavía, encontramos, por ejemplo, motivo de dignificación en decir que tenemos algún antepasado europeo. ^{Nosotros} Los indios, la parte vilipendiada, encontramos en la hipotética ascendencia europea el principio de una posible salvación. Seguimos, así, admitiendo la definición que desde lo exterior se ha hecho de nosotros.

A fin de combatir esa actitud que tiende, en última instancia, a nulificarnos, propondría ahora que se diera un nuevo sentido a nuestra educación, basándola en los valores humanos aún advertibles en lo que del mundo prehispánico sobrevive.

Tal cosa me parece válida especialmente en estos tiempos, donde el valor humanista de la cultura occidental muestra indicios de catastrófica ruina.

Y vengo aquí a hablar del ^{tradicional} humanismo, con sus amplias nociones: realización del hombre en su perfección, el hombre como ^{finalidad} ~~fin~~ de lo existente, ————— ^{finalidad}

y a considerar que ~~acaso~~ de tales nociones, de su posible corrupción, provengan las agobiantes calamidades que actualmente amenazan a todos.

Porque esa idea occidental del humanismo, al tener al hombre como fin de lo existente, supone que el mundo está hecho para -- servicio del hombre, y provoca que éste, al saberse última finalidad de todas las cosas, se atribuya la facultad de servirse -- de ellas, de explotarias ilimitadamente en su propio provecho.

Quizás esa actitud sea lo que haya conducido a la humanidad a las miserables circunstancias donde ahora se mira. Pues al arrogarse la condición de valor supremo, el hombre ha venido a constituirse en el supremo destructor, en la causa de la podredumbre de cuanto en torno suyo se apacigua o se agita.

Falsamente consciente de que el mundo se hizo para servirlo, -- cree cumplirse él mismo con el desmesurado aprovechamiento de -- cuantas cosas quedan a su alcance, y entre éstas incluye no sólo a ~~las demás~~ ^{otras} especies vivientes, sino también a los ~~otros~~ ^{demás} hombres, bajo el pretexto de que le son distintos en estatura o color o -- creencias.

La expresión "mata y come" del Nuevo Testamento, parece haberse vuelto norma única para él. Y da a la muerte así, y se traga y -- pudre cuanto no es él mismo, tanto a cosas como a criaturas, como en la ejecución de un monstruoso deber, cuyo límite final será el universal aniquilamiento.

Está ahora a la vista de todos la proximidad de ese límite. -- Ya el matar y el comer le son al hombre actos simultáneos; ya la muerte y la corrupción que causa viene ^á a rodearlo, inminentes. El

hombre arruina al mundo para mudarlo en comida para su indolencia, y acaba por matarse y devorarse a sí mismo, en una suerte de insaciable ambición, idéntica hermana de la locura. Esta es, pienso que el diagnóstico no es difícil, la enfermedad con que el mundo occidental ha venido a contagiar el planeta que habitamos, y cuyos síntomas muestran por todas partes su fatal evidencia.

Y ~~creo~~ ^{pienso} que es necesario reflexionar ahora buscando la medicina que pueda aliviarla. Admitamos como verdad que, en la Tierra, el hombre, como naturaleza privilegiada, ejerce la función central. De acuerdo con las concepciones occidentales, repito, las cosas - se crearon para su servicio. Esas concepciones, utilizadas por - doctrinas de ejercicio del poder, han conducido a la humanidad al punto en que hoy se encuentra. Pero, por fortuna, no son las únicas.

En nuestro mundo prehispánico, ese mundo cultural que nos pertenece sin disputa, la función central del hombre en el universo, es concebida de modo absolutamente opuesto. Si el occidental afirma que el mundo está hecho para servicio del hombre, el indio piensa que el hombre se hizo para servir al mundo; para hacer posibles su creación y su preservación.

Ese pensamiento enaltece la misma conciencia del hombre, pues - además de incluir el orgullo implícito en su propio valor, involucra la asunción de un deber superior: el de la humildad frente al mundo que es, en principio, creación suya: una humildad que supone la mayor devoción y el más grande respeto.

Muy aparte de él queda la concepción occidental de la soberbia posesión desaforada de las cosas; el indio considera no que posee el mundo, sino que es poseído por él; primero, para que el mundo -

adquiera realidad, y sea; luego, para que mantenga su armonía, la fomento y la perfeccione. Su perfección será la del hombre mismo, que la conquistará en su actitud de servicio y entrega.

El testimonio de la existencia de esa concepción del hombre y del mundo en los antiguos habitantes de México, se puede encontrar copiosamente en los vestigios que de su cultura han escapado a la destrucción del tiempo y la enemiga barbarie.

Tales vestigios son de dos naturalezas: los documentos escritos, y los materiales que se han llamado arqueológicos. Aquéllos, posteriores todos al hecho de la ^{invasión española,} ~~conquista~~, integrados con datos que recopilaron los españoles y los indios aculturados por ellos, son por esa causa susceptibles de duda; su veracidad sólo podrá afirmarse cuando sea certificada por su persistente coincidencia con lo expresado por éstos, los materiales arqueológicos, los cuales, por el hecho de haber sido creados antes de ^{tal invasión,} ~~la conquista~~, no consienten duda acerca de su autenticidad.

Ahora bien: el concepto relativo a la posición central del hombre en el mundo y a su destino de servicio universal, se mira múltiplemente expresado en las obras plásticas de los mexicanos antiguos; en ellas se afirma y se confirma sin tregua, se repite y se enriquece con claridad ^{en cm} ~~destacante~~.

De este modo, si se contemplan tales obras, desde las más retiradas hasta las más próximas al momento de la invasión europea, en la totalidad de los lugares de la actualmente llamada Mesoamérica, se verá en ellas que, por número y significación, la imagen central en ellas es la humana.

Desde en las creaciones de los comienzos del preclásico hasta en las del postclásico tardío, a unas horas del arrasamiento de la

gran ciudad azteca, se revela, indeclinable, esa imagen.

Pero es en las de la última época donde se manifiesta plenamente su significado, donde adquiere cuerpo definitivo aquella idea del hombre creador y preservador del mundo, la cual hizo el sentido de la existencia de nuestros antepasados prehispánicos.

Me referiré ahora a dos piezas fundamentales de la escultura de los aztecas, que algún milagro hizo que se conservaran prácticamente completas hasta nuestros tiempos: la mal llamada Coatlicue y la Piedra del Sol.

Las dos presentan en su centro una presencia numana; la primera, el cuerpo de una mujer; la otra, un rostro que puede ser de mujer o de hombre. En torno de las formas humanas se establecen, -- grandes o pequeñas, diversas presencias ofídicas. En la mal llamada Coatlicue, dos magnas cabezas de serpiente sustituyen la cabeza humana; en la Piedra del Sol, dos serpientes enteras encierran el conjunto de la representación. En cada caso, pues, dos serpientes, recibiendo sentido de la presencia humana, se combinan con ella en maravillosa unidad.

Dije antes que los documentos escritos en que constan datos concernientes a nuestras viejas culturas, sólo podrán considerarse -- verdaderos cuando lo que dicen sea reiteradamente ratificado por las expresiones de los monumentos arqueológicos. Aquí he de recordar un texto escrito, cuya validez se ve comprobada por casi innumerables imágenes plásticas que lo explican y que, a la vez, encuentran en él su explicación.

Hablo de un texto contenido en el manuscrito francés del siglo XVI Histoyre du Mechique, el cual de seguro traduce un texto náhuatl hoy perdido. Relumbra en él la clave fundamental de nuestra

cultura.

El texto en cuestión refiere la manera como el mundo fue creado, y se podría resumir así: dos ~~grandes~~ dioses toman a una forma humana y la hacen descender a las aguas increadas, sobre las cuales ella empieza a caminar; ella, además, tiene ojos y bocas de serpiente en las coyunturas. Cuando los dioses ven esto último, invadidos y estimulados por el impulso de crear, se dicen uno al otro: "Hay necesidad de hacer la tierra." Y en diciéndolo, cada uno de ellos se trasmuta en una magna serpiente, y bajan ambos hacia la forma humana. La alcanzan, la ciñen entonces, la oprimen y la dividen en dos partes; con una de ellas, hacen la tierra; construyen el cielo con la otra. El universo queda creado.

De lo dicho en el texto, se infiere que, por sí solos, los dioses son incapaces de crear, pues para hacerlo requieren la colaboración del hombre; y la función de éste en el acto de la creación, se hace evidente: él se sujeta al designio superior, lo hace suyo y lo sirve **incluso** con su propio ser, dado que su mismo cuerpo da la materia para la formación del universo.

Piénsese ahora en el momento previo a este acontecimiento. En él están íntegramente relacionados tres elementos: una forma humana con ojos y dientes en las coyunturas, y las dos serpientes en que los dioses se trasmutaron. Se unifican los tres en punto donde se concentra la total energía en potencia, dispuesta a convertirse en acto.

La forma humana, el hombre, señor y servidor a la vez, constituye el centro necesario de esa potencia sin límites. Tal es el núcleo del concepto humanista del mundo según el pensamiento pre-

hispanico.

Recuérdense ahora las dos imágenes antes descritas, y se advertirá que en ellas se plasma con magistral precisión lo ocurrido - en ese momento prodigioso. En ambas están la forma humana central, las dos serpientes divinas; como cabeza de la mal llamada Coatlicue; como circunferencia comprensiva, en la Piedra del Sol.

El hombre central, repito, como el motor y la condición de la posibilidad de la acción de los dioses; otorgándose a sí mismo a fin de que dicha acción pueda conquistar su cabal efectividad.

Pero el concepto que en ellas se plasma de modo tan perfecto, no le es en manera alguna exclusivo. Podría decirse que la representación de las dos serpientes en unión con el hombre, es la más abundante entre las imágenes elaboradas por la cultura prehispánica mexicana. No otra cosa que esa triple unión figuran, por ejemplo, las muchas de Tlaltecuntli y las innumerables de Tláloc, sin duda la entidad más copiosamente representada en el universo ~~prehispánico~~ mesoamericano.

Así se manifiesta, pues, la idea que de sí mismos y de su función en el mundo, tuvieron esos antepasados nuestros que seguimos siendo nosotros, por sangre y por educación.

Dicha idea, inevitablemente, hubo de infundirles una noción de intocable dignidad, de máximo señorío. Como señores que eran, se consagraban al oficio de servir, porque asumían con él su propia grandeza, al preservar la creación de la cual eran el principio original. En la paz y en la guerra, su conducta los engrandecía por el servicio a universales valores.

Ahora regreso al problema de la educación. A los mexicanos,

como debe ser, se nos educa como indios; se nos dice que en los indios está nuestra raíz, lo cual es sólo parte de la verdad, ya que en realidad los indios prehispánicos son esencialmente lo que somos en nuestra integridad; esa esencia que ^{injeridos} ~~conjugados~~ posteriores de sangre o cultura no han sido poderosos a ^{disminuir} ~~enriquecer~~.

Se nos enseña con justicia que en ellos debemos encontrar nuestro dechado de dignidad y fuerza y heroísmo. Pero a la vez se -- nos inculca, por la colonizadora tradición de siglos que hemos padecido, el sentimiento de que en nuestra condición de indios se -- enraiza un principio de inferioridad.

Divididos por esa contradicción que nuestra educación profundiza y fomenta, hemos vivido y vivimos los mexicanos.

Con la finalidad de destruirla, ^{juega} ~~es~~ indispensable que se plantee la posibilidad real de un sentido distinto para esa educación nuestra; un sentido mediante el cual se suprima radicalmente toda idea que suponga que ser indio es ser inferior, conquistado, vencido por naturaleza; que es vergonzoso ser indio.

Para conseguirlo, habrá que reconquistar de raíz el ^{pensamiento} ~~concepción~~ humanista del mundo prehispánico, con su entero conocimiento del hombre como creador y preservador de todas las cosas, con su indisputable señorío de sí mismo. Pero eso sólo será factible si nos aplicamos a demostrar que el juicio que sobre ese mundo antiguo nuestro han establecido los extranjeros, a quien hemos permitido casi el monopolio de su definición, es interesadamente erróneo. Si nos aplicamos, en seguida, a sustituir ese juicio por otro verdadero, que sea propio nuestro.

En el numanismo prehispánico puede estar el modo principal de nuestra salvación. Si la cultura occidental, propuesta e impues-

ta como único modelo, en la actualidad parece tener como norma el "mata y come" de la Escritura, demostremos nosotros, basándonos en las normas sustentadas por nuestros antepasados indios, que, como creadores y preservadores del mundo, sabemos, en el más alto sentido, subordinar la necesidad de comer al deber de no matar.

seamos indios; que se nos eduque en la grandeza de serlo; esa grandeza que es ya, en sí misma, una victoria. Que se nos enseñe la certidumbre de que ser indio es ostentosamente lo contrario de estar vencido.

hablé más arriba de la noción de señorío implícita en nuestra concepción del hombre y de su función en el mundo. El indio, -- criado en esa concepción, se conocía a sí mismo como señor.

A este respecto, y con eso he de terminar, me place traer a cuento un episodio no suficientemente conocido del sitio de Tenochtitlan. Separados por un canal, están frente a frente los indios y los españoles. Del lado de éstos, llega Cortés y les grita a aquéllos: "Quiero hablar con uno de sus grandes señores." Y alguno de los indios le responde: "Puedes hablar con quien quieras, aquí todos somos grandes señores."

Una justa y real concepción de lo que fue el mundo prehispánico; una concepción que elimine prejuicios o extranjeros juicios despectivos, tendría el poder de hacer que los mexicanos pudiéramos volver a decir, sintiéndolas profundamente, esas últimas ^{cinco} palabras: "Aquí todos somos grandes señores."

A eso deberá tender nuestra educación; a que se nos enseñe que somos indios y que por eso mismo, como en otra ocasión dije ya, - nuestra visión del mundo no es la visión de los vencidos, sino la visión de los grandes señores.

Las narraciones de Fernando N. Winfield R. revelan con evidencia un brillante talento literario. Empleando asombrosa variedad de asuntos y -- amplio repertorio de recursos estilísticos, van mostrando, con efectiva exactitud, la despiadada visión de un mundo cruel e inhóspito. Un mundo en el cual el hombre, víctima orgánica de las funciones de su propio cuerpo, propende a entregarse a la desesperación y la soledad.

Se mira el hombre a sí mismo, con introspección aguda y taimada; observa la realidad exterior hasta en sus más imperceptibles pormenores, - y dentro y fuera de sí encuentra ámbito a su acción, nunca efectuada sin vencer antes obstinados obstáculos.

Entre los recursos de que se vale, podrían mencionarse el uso de sorprendentes adjetivos, que precisan para las cosas los significados necesarios; la invención de neologismos, con el propósito de expresar determinados matices de emoción y pensamiento; el empleo de rasgos sintácticos y morfológicos no usuales, que vienen a ser cabalmente eficaces; el uso novedoso de viejas voces, las cuales conquistan misteriosos sentidos merced al contexto donde se emplean.

c Conviene también destacar la habilidad, de Winfield R. en la consumación de descripciones exactas y económicas, en que con elementos mínimos hace resaltar aquello que considera esencial a sus fines, así como su -- afán, casi siempre logrado, de evitar los lugares comunes, y su posibilidad de crear situaciones humanas de tensión, y resolverlas de maneras que no llegan a parecer artificiosas.

Además, su complejidad imaginativa, buscadora constante del lenguaje adecuado a expresarla, consigue a menudo aciertos definitivos, que alcanza el nivel de lo poético.

Necesariamente, el talento que se revela en esa multiplicidad de virtudes técnicas y de imaginación se apoya en una amplia ambición cultural, - que le presta firme sustento.